

*Valentín García Yebra*

## LA TRADUCCION EN LA CULTURA ESPAÑOLA

Como recordaba el profesor Valentín García Yebra en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, «la traducción ha sido desde hace milenios uno de los procedimientos más importantes, acaso el más importante, para la propagación de la cultura, para la creación y el desarrollo de nuevas literaturas y para el enriquecimiento de las lenguas utilizadas para traducir».

El problema está, a la hora de comprobar esta afirmación, en que no existe una buena historia de la traducción, empresa esta última superior a las fuerzas de cualquier individuo, en opinión de García Yebra, quien impartió en la Fundación Juan March, entre el 23 de febrero y el 3 de marzo, un curso titulado «La traducción en la cultura española», que constó de estas cuatro conferencias: «La Escuela de Traductores de Toledo. La corte de Alfonso X el Sabio» (23 de febrero); «El pórtico de nuestro Renacimiento. El marqués de Santillana» (25 de febrero); «El Siglo de Oro. Boscán y Fray Luis» (1 de marzo); y «La traducción en el siglo XX. Realidades y perspectivas» (3 de marzo).

Se ofrece a continuación un amplio resumen de las conferencias.

No se ha escrito hasta ahora ninguna buena historia de la traducción, que abarque las principales manifes-



VALENTIN GARCIA YEBRA (Lombillo de los Barrios, León, 1917) ha sido catedrático de griego en varios institutos. Colaboró en la creación del Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores, en la Universidad Complutense, del que ha sido profesor de «Teoría de la Traducción» y subdirector del Centro. Es académico de número de la Real Academia Española. Ha traducido del latín, alemán, francés, portugués e italiano. Recibió un premio internacional por la traducción de la obra de Charles Moeller *Literatura del siglo XX y cristianismo*. Es autor, entre otras obras, de *Edición trilingüe de la Poética de Aristóteles*, *Edición trilingüe de la Metafísica de Aristóteles*, *Teoría y práctica de la traducción* y *En torno a la traducción. Teoría. Crítica. Historia*.

taciones de esta actividad cultural desde sus comienzos hasta nuestros días, en todas las lite-

raturas. Ni siquiera se ha escrito una buena historia de la traducción en una cultura particular. En lo que se refiere a España, las dos obras que atesoran más datos siguen siendo las de Menéndez Pelayo, *Bibliografía Hispanolatina Clásica* y *Biblioteca de Traductores Españoles*.

Es difícil exagerar la importancia que tuvo para la cultura española, e incluso para la europea, la súbita aparición en el mundo docto cristiano de muchas y muy peculiares traducciones de libros árabes hechas en España, sobre todo en Toledo. Fue en Toledo donde se realizó una labor traductora continuada y fecunda. Capital de uno de los reinos de taifas más florecientes, se distinguía Toledo por sus grandes bibliotecas.

¿Qué obras se traducían en Toledo? En primer lugar, traducciones árabes de obras griegas, con frecuencia comentadas por árabes. También se traducían obras originales árabes. La espléndida labor de los traductores de Toledo ilumina súbitamente el oscuro panorama de la cultura medieval europea. La escuela de Toledo no sólo transmitió a Europa la ciencia árabe, sino que, con su prestigio, atrajo a hombres de fuera de España ansiosos de aprender aquí directamente y de colaborar en el enriquecimiento de la cultura europea.

Aunque es probable que las primeras traducciones castellanas se hicieran ya durante el reinado de Fernando III, el primer venero importante de traducciones castellanas lo alumbró Alfonso el Sabio. Siendo todavía infante había mandado traducir del árabe el *Lapidario* (hacia 1250) y

el *Calila e Dimna* (probablemente en 1251). Fueron las primeras traducciones de estas obras a una lengua occidental.

Las traducciones arábigo-latinas del segundo período de la escuela de Toledo enlazan con las traducciones arábigo-romances promovidas por el Rey Sabio. En 1256 comienza en la corte de Alfonso X el primer período de trabajo científico, que dura cuatro años. El decenio de 1260-1270 fue para Alfonso de gran ajetreo político y militar. Pero en 1271 comienza el segundo período de actividad científica y literaria, emprendida bajo el signo del perfeccionamiento.

Las traducciones alfonsíes produjeron los mismos frutos que las llevadas a cabo por la escuela toledana. Pero quizás fueron más directa e intensamente provechosas para España que las traducciones latinas. El aprovechamiento de los tesoros de la cultura árabe ganó intensidad y amplitud con las traducciones en romance. El latín sólo lo entendían ya los doctos; el romance era la lengua de todos.

## **El pórtico del Renacimiento**

El siglo XV es, en la cultura española, una época de transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Disminuye progresivamente el influjo francés, muy intenso en el siglo XIV, sustituido por el de Italia. Se difunde cada vez más en Castilla la cultura greco-latina, promovida por el conocimiento de la literatura italiana, que se nos había adelantado casi dos siglos en el cultivo de los autores clásicos latinos y griegos y estaba muy impregnada de clasicismo. Dante, Petrarca y Boccaccio, no sólo como escritores, sino tam-

bién como cultivadores de la cultura clásica, se convierten en modelo de nuestros escritores.

Podemos distinguir en este siglo tres períodos literarios coincidentes con los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos. En el largo reinado de Juan II, casi cincuenta años (1406-1454), al que Menéndez Pelayo llamó «pértico de nuestro Renacimiento», las letras latinas, y más aún las griegas, se conocen muy imperfectamente, pero el entusiasmo que suscitan hace que influyan con mucha fuerza en nuestra literatura.

A principios del siglo XV, Francisco Imperial y sus seguidores traen a España el culto de Dante y de la *Divina Comedia*, en el que no tardan en incluirse Petrarca y Boccaccio. A través de

estos grandes escritores italianos reciben los de Castilla el conocimiento de la cultura clásica.

No se traduce en este tiempo del griego, lengua desconocida entonces en España, como lo había sido en Italia durante el XIV. Las traducciones del latín caen en el amaneramiento de calcar el hipébaton latino y acumulan neologismos retumbantes para enriquecer el vocabulario castellano. Se promueve así una prosa que por fuerza tenía que resultar antinatural y estrafalaria. No estaba aún maduro el castellano para hacer suyas las bellezas formales de los clásicos antiguos. Fue, sin embargo, beneficioso para nuestra literatura el conocimiento de los temas que ellos habían desarrollado.

A las traducciones de los autores clásicos latinos se suman las de los poetas y humanistas italianos, tanto de los que escribieron en su propia lengua como de los que lo hicieron en latín, o en una y otra, como sucedía con frecuencia. No se omiten del todo las traducciones de obras francesas y hasta se hace por vez primera la de alguna obra inglesa.

Y ocurre entonces algo que ya quisiéramos ver en nuestros días: la mayoría de los escritores originales tienen a gala ser también traductores. Uno de los más afamados es don Enrique de Aragón o de Villena, que hizo la primera traducción completa de la *Enéida*. Figura central y la más destacada entre los traductores de su tiempo fue don Alonso de Cartagena, «cuyo nombre —según Menéndez Pelayo— se encuentra mezclado en toda empresa de cultura durante el reinado de Juan II».

Otra figura capital fue don

**Fundación Juan March**  
CURSOS UNIVERSITARIOS 1987/88

A

*La traducción en la cultura española*  
VALENTÍN GARCÍA YEBRA

**FEBRERO 1988**

*Miércoles, 23*

---

LA ESCUELA DE TRADUCTORES DE TOLEDO.  
LA CORTI DE ALFONSO X EL SABIO

*Jueves, 25*

---

EL PORTICO DE NUESTRO RENACIMIENTO.  
EL MARQUÉS DE SANTILLANA

**MARZO 1988**

*Martes, 1*


---

EL SIGLO DE ORO, BOSCAN Y FRAY LUIS

*Jueves, 3*

---

LA TRADUCCIÓN EN EL SIGLO XX. REALIDADES  
Y PERSPECTIVAS



Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en el Salón de Actos de la Fundación Juan March, Castelló, 77, 28004 Madrid. Entrada libre.

▷ Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana y Conde del Real de Manzanares (1398-1458), que bien puede considerarse como la personificación de la cultura en el reinado de Juan II. El Marqués sabía poco latín y nada de griego, pero en la biblioteca de su castillo de Guadalajara tenían puestos de honor Homero, Platón, Aristóteles, Tucídides, Tito Livio, Salustio, Séneca, César, Polibio, etc. Conocía bien la literatura francesa del siglo anterior y la del suyo, así como la catalana y la italiana y algo de la provenzal. Muy admirador de Dante, Petrarca y Boccaccio. Fue, en suma, un gran erudito y acaso el que mayor empuje dio al estudio de las letras y del renacimiento italiano, que conoció de cerca en Italia y por cuyo advenimiento a España trabajó más que nadie.

No tradujo personalmente, que sepamos, ningún libro. Pero, como el Rey Sabio en la segunda mitad del siglo XIII para la traducción de libros árabes, fue Santillana, en la primera mitad del XV, quien más interés puso en que se tradujeran obras de la antigüedad griega y romana. Pero no se contentó con hacer traducir estas obras. Hizo también poner en castellano libros notables de prestigiosos humanistas italianos, escritos la mayoría en latín y otros en toscano.

## El Siglo de Oro

Conviene aclarar que esta designación temporal no se limita aquí a la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII, como se hacía tradicionalmente. La tendencia actual hace llegar esta época desde la subida de

Carlos I en 1516 hasta la muerte de Calderón en 1681. En este siglo y medio se produce en nuestra literatura una floración que alcanza a todos los géneros. También la traducción participa de este esplendor. La cultivan casi sin excepción nuestros humanistas y también muchos de nuestros grandes escritores. Sería imposible hacer memoria de todos los traductores; tendré que limitarme, pues, a los más ilustres.

Comenzaré por Hernando de Acuña, más que por el valor intrínseco de su única traducción conocida, por lo que ella representa como posible estímulo de los traductores de su tiempo. Cuando Carlos I llegó a España, rodeado de consejeros flamencos, desconocía la lengua de los españoles. Pero no tardó en aprenderla. Y fue tal el aprecio en que la tuvo que, según cuentan, llegó a decir que el italiano es la lengua para dirigirse a las damas, el francés para tratar con los hombres y el español para hablar con Dios.

Pues bien, habiendo hecho el emperador la traducción en prosa del poema de Olivier de la Marche, *Le Chevalier Déliveré*, pidió a Hernando de Acuña que la pusiera en verso y la publicara con su nombre. Acuña versificó en quintillas dobles la traducción imperial, que en 1553 se imprimió en Amberes.

Aun suponiendo que no se generalizara el conocimiento de la participación del emperador en esta obra, que no permaneció en total secreto lo prueba el hecho de que aparezca en las *Memorias* del flamenco Van Male. No es, pues, extraño que en un país regido por tal soberano prosperase la traducción más que nunca hasta entonces.

Veinte años antes, en 1534, aparecía la primera edición de *Los cuatro Libros del Cortesano, compuestos en italiano por el Conde Baltasar Castellón, y agora nuevamente traducidos en lengua castellana por Boscán*. La traducción de esta obra es el pedestal más sólido de la fama de Juan Boscán.

No tuvo Boscán la gloria de perfeccionar la poesía castellana, sino que su gloria reside en haber perfeccionado la prosa. Todos los críticos están de acuerdo en ver en su traducción de *El Cortesano* una obra maestra.

Juan de Jáuregui tiene cierta semejanza con Boscán, pues fue también la traducción de una obra italiana, el *Aminta*, de Tasso, la que consagró su nombre como traductor. Jáuregui, poeta de gusto exquisito y acendrado, pero de originalidad escasa, había nacido para traducir e imitar; por eso sus obras maestras son siempre traducciones e imitaciones.

Fray Luis de León es el príncipe de las traducciones del Siglo de Oro. «Onorate l'altísimo poeta», exclama Menéndez Pelayo al comenzar el estudio que le dedica en la *Biblioteca de Traductores Españoles*. Es, además, el primero de nuestros escritores que razonó con cierta amplitud en castellano (Luis Vives lo habría hecho antes en latín) sobre el proceso de la traducción.

Tradujo Fray Luis del hebreo en prosa y en verso (entre otras cosas, el *Cantar de los Cantares* y el *Libro de Job*); tradujo del griego a Píndaro y a Eurípides; del latín, a Virgilio, Horacio, Tibulo y Séneca; tradujo incluso del italiano.

Pero no es la cantidad de sus

traducciones (nada despreciable) lo que otorga a Fray Luis el primer puesto entre los traductores del Siglo de Oro, sino su calidad. Fray Luis tenía conciencia de cuán difícil es traducir con fidelidad y al mismo tiempo con elegancia. Sabía que tal dificultad se multiplica en la traducción de poemas. Y pensaba haber logrado en sus traducciones poéticas cuanto podía exigírsele.

En la primera mitad del XVII escribe y traduce un gran admirador de Fray Luis, cuyas obras en verso recopiló y dispuso para la primera edición, hecha en Madrid el año 1631. Me refiero a Francisco de Quevedo. Tradujo del hebreo cinco textos que más bien deberían llamarse paráfrasis, como en efecto se llama la primera: *Paráfrasis en verso del Cántico de los Cánticos*.

El crecimiento, pues, de la traducción en el Siglo de Oro, del cual sólo hemos podido ver aquí pocos aunque significativos ejemplos, es realmente asombroso. Floreció entonces la literatura original con tal fuerza que nos sorprende que la traducción no quedara sofocada por ella. Muchos de los traductores que hemos mencionado fueron también y ante todo grandes escritores. Esta circunstancia, que podía dar brillo a la traducción, por otra parte la oscurecía, pues los lectores y los autores mismos tendían a dar más importancia que a las traducciones a las obras originales.

## En el siglo XX

España es el segundo o tercer país del mundo en cuanto al número de obras traducidas. Y

▷ la proporción de estas obras en el conjunto de nuestra producción de libros es muy elevada: más de la cuarta parte. Según datos de la revista *Mutualité* en su número de abril de 1987, basados en el último recuento anual, hecho por la Unesco, de las traducciones publicadas en 55 países, sólo la Unión Soviética supera a España en número de traducciones. La suma total en los 55 países fue de 43.841. Corresponden a la Unión Soviética 7.171 y a España 6.361. Se hicieron, pues, en la Unión Soviética 810 traducciones más que en España, mientras que en nuestro país se hicieron 1.457 más que en la Alemania Federal. Estos datos son reveladores de la importancia de la traducción para nuestra cultura en los tiempos actuales.

Pero una cosa es la cantidad y otra la calidad. El aumento de la cantidad no implica el mismo crecimiento de la calidad. Más bien suele ocurrir lo contrario. En España el número de traducciones ha crecido en los últimos decenios mucho más que el de los buenos traductores. Esto se debe en gran parte al poco aprecio que entre nosotros suele concederse al arte de traducir.

Algunos grandes escritores —entre otros, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Dámaso Alonso— han firmado traducciones, pero han sido los menos. Otros que han traducido lo han hecho anónimamente o se han ocultado tras el seudónimo, como si temieran que tal actividad fuera a manchar su nombre. Por el contrario, en los principales países europeos la traducción goza, entre los escritores, de un clima más benigno que en España.

Un fenómeno llamativo en el desarrollo de la traducción española en este siglo es el desplazamiento del interés de los traductores o de quienes eligen las obras que han de traducirse, desde las lenguas clásicas a las lenguas modernas. En nuestro siglo, el enorme aumento del número de traducciones en España se ha nutrido fundamentalmente de obras de autores modernos, principalmente franceses, ingleses, alemanes e italianos. Hasta los años cincuenta predominaron las traducciones del francés. Desde hace varios decenios el inglés ocupa el primer puesto y saca a las demás lenguas cada vez mayor ventaja.

Otro cambio casi revolucionario en el desarrollo histórico de la traducción en el siglo XX es el enorme incremento de la traducción científica, técnica y documental. Los avances de la técnica en nuestro siglo han sido prodigiosos y el desarrollo de las comunicaciones ha experimentado una aceleración constante.

Pero aunque el número de traducciones científicas haya crecido, sobre todo en la segunda mitad del siglo, de manera vertiginosa, la traducción literaria no corre el riesgo de desaparecer. La traducción es cada día más una actividad imprescindible para el desarrollo de la cultura, tanto en el aspecto científico, técnico y documental, como en el campo literario y artístico.

Se ha dicho, y es verdad, que hemos entrado en la edad de la traducción. Los traductores son cada día más numerosos y cada vez más conscientes de que forman un grupo social importante, no sólo por su número, sino también, y sobre todo, por la función que están llamados a desempeñar. ■